

Y todas estas exclamaciones iban salpicadas de graciosas risas, de mimosos gestos. No era fácil comprender cómo aquella dama de melancólica presencia levantaba tanto regocijo en almas infantiles; pero es lo cierto que las tres muchachas revoloteaban en torno de ella saltarinas, contentas. Al llegar á la habitación en donde estaba la Sagrario, las dos damás se abrazaron con efusión en un abrazo largo, tierno.

Era la marquesa de edad algo más avanzada que la Urbina, pero los años no habían impreso en ella tan dolorosa ni tan profunda huella. También alta y de arrogante figura, tenía corpulencia crasa y rostro de rojez sana, de naturaleza vigorosa. En donde el tiempo había estampado su indeleble sello era en la cabeza, ya blanca como ampo de nieve.

Al apartarse las dos mujeres después del estrecho abrazo, pudo verse que los ojos de la marquesa aparecían arrasados, titilando un par de lágrimas sobre ellos. En cambio los de Leonor aparecían otra vez, como siempre, serenos, fríos, dominadores.

—No llore usted—dijo,—esta vida no vale una lágrima; créame, no vale ni una, ni una. Si fuésemos á llorar, lloraríamos siempre. O siempre, ó nunca. Yo, ya lo ve usted, prefiero no llorar nunca.

Había en estas palabras acedumbre, pero había también piedad y hondo afecto.

—Es que viéndola á usted de tarde en tarde, me asalta el recuerdo de mi hija. ¡Fueron ustedes tan amigas que hasta me figuró que se parecen!

—¿Y llora usted por ella que descansa, ó por mí que vivo?

—Es verdad; tiene usted razón. ¡Pobre Leonor!

Gracia, Alma y Alicia permanecían entre tanto cerca del balcón, desde el cual se veía el jardín del palacio; un jardín sin flores, de vegetación obscura, densa, con olmos seculares en calles de amplia curva, con troncos renegridos, con boj espeso y recortado y el suelo limpio, cubierto con alfombra de dorada arena. Había allí rincones de espesa y húmeda sombra, entre paredes tapizadas por tupida hiedra, doseles de madreSelva y copas de

sombría fronda. Ni la mancha de una flor ni el trino de un pájaro irrumpían en la espesura; era aquel jardín como una estancia más del sombrío palacio. Sólo resonaba en él un chorro de agua monótono y melancólico; se le oía sin ser visto, oculto por el lozano ramaje; se adivinaba un surtidor de piedra renegrida, de mármol enverdecido, y un hilo de agua quebrándose tristemente sobre la taza.

Leonor llamó á su lado á las tres muchachas, que acudieron presurosas, risueñas, clavando en la dama sus ojos azules, transparentes, como pedazos de cielo en noche de luna.

—Me dijeron que tenéis profesora de música. ¿Cuál estudia más de vosotras?

Las tres se callaron, dando por toda respuesta claras sonrisas y claras miradas, chispazos de luz resplandeciente.

—¿Quién es vuestra profesora?

—Guillermina.

—La señorita Guillermina.

—La Torrecilla.

—Las tres la queremos mucho.

—También la quiere mucho mamá Dolores.

—Es muy joven.

—Poquito mayor que nosotras.

—Es una artista.

—Todos los días toca.

—Y bajamos al jardín.

—Juega con nosotras.

—¡Si usted la conociera!

—Mamá Dolores todos los días le dice que toque.

—Le gusta mucho.

—¡Si usted la oyera!

—Puede oírla.

—Todas las tardes viene.

—Esperará usted á que venga.

—A las tres en punto.

—En punto siempre.

—Es muy salada.

—Tiene unas ideas extraordinarias.

—Quiere ser..., verá usted; quiere ser artista.

—No le gusta lo de profesora.

—Sólo de nosotras. De nosotras siempre.

—Pero tiene su idea.

—Una gran idea.

—Se pone muy salada cuando sale por el registro de la idea.

—Todos en su casa dice ella que son lo mismo.

—Hasta un hermano ciego le da por una cosa muy rara. Verá usted qué cosa más rara.

—Ser mendigo.

—De los que piden limosna por calles y caminos.

—Ella no quiere; ella trabajará para mantenerle siempre.

—Queremos que un día nos traiga á su hermano para conocerle, para quitarle esas cosas tan raras de la cabeza, pero su hermano no quiere.

—No seas tonta; es ella la que no quiere.

—Es él, es el ciego.

—Te digo que es ella.

Todo este aluvión de frases cayó como granizada de estío, rápido y sonoro, atropellado y bullicioso. Y tras él hizose el silencio.

Hallábanse en una estancia de anchas paredes forradas de damasco carmesí, con grandes y recios muebles de obscuro roble, tapizados también con joyante damasco. Distinguíase aquella estancia por la escasez de cuadros; sólo dos ó tres pendían de las paredes con sus marcos dorados de profunda y retorcida talla que, sobre el vivo fondo rojo, adquirían suave tonalidad anaranjada; todos eran oscuros, graves retratos, de los que sólo destacaban las pálidas encarnaduras. Las tres muchachas, con el albor de sus trajes alegraban la estancia, al mismo tiempo que con sus voces frescas y juveniles como greguería de pájaros.

Al poco tiempo volvieron animosas á la charla, á contarle á la dama episodios y aventuras pastoriles de su vida campesina, porque antes de que la abuela les hubiese traído á vivir consigo, en

aquel palación lóbrego, habían llevado una existencia de adamas galateas. Años enteros pasaron en una finca de mamá Dolores, la cual iba con mucha frecuencia á verlas. Y también allí tuvieron su profesora de piano: la maestra del pueblo inmediato, que sabía un poco de todas las cosas, de donde resultaba que aquella pobre señora sabía mucho, mucho, aunque todo lo supiese á retazos, como á pedacitos. Pero, por supuesto, que no se podía comparar con Guillermina, que era una gran artista y una gran profesora. La que más adelantaba era Gracia; Alma sobresalía en cosa de aritmética, mostrándose como una notabilidad para las cuentas. Alicia brillaba en labores manuales, en bordados, en costura y en las dulces faenas de repostería. Haciendo platos de dulce, con un delantal blanco, no tenía competencia. Reunidas las dotes más excelsas de aquellas tres mujeres, podría regentarse un hogar del modo más admirable; allí estaban representados los tres factores primordiales de la vida: una era el genio administrativo; otra, la musa del ideal; otra, en fin, el espíritu práctico.

Doña Leonor oía la charla de las tres con íntimo embeleso. Eran almas infantiles que trascendían á perfume campestre al mismo tiempo que revelaban rancidez de alcornica. No había conocido doña Leonor seres más ingenuamente aristocráticos; la vida montañesa curtió los rostros de las tres doncellas, pero al mismo tiempo dió robustez, nobleza sana á su señorío. No eran flores cultivadas en cálido invernáculo, de languideces mustias y de perfume tibio, y no eran tampoco de bravia formación serrana, duras en el color y ásperas de perfume; eran capullos frescos, olorosos, de jardín bien cultivado; parecían recién segados del tallo, húmedos aún por el rocío.

Al blando encanto con que la de Urbina comenzó á oirlas, fué sucediendo poco á poco melancolía y tristeza. Las mismas niñas parecieron impregnarse de ella, porque fueron cediendo en su confiada y animosa cháchara, hasta guardar todas lúgubre silencio.

Después de comer, la marquesa del Sagrario y su amiga Leo-

nor bajaron al jardín, y en el rincón más sombrío sentáronse á gozar del frescor que regalaban las copas de los olmos. Hasta entonces nadie se había decidido á preguntar á la de Urbina por Esteban. La grata intimidad del sitio, la ocasión propicia, determinó en el ánimo de la Sagrario la temida pregunta.

—¿Y su hijo?

—¿Esteban?—preguntó Leonor inconscientemente, como repite una pregunta el que vacila en la respuesta.

—Sí, Esteban—replicó la marquesa con timidez muy transparente.

—Le veo poco; dicen que trabaja, dicen que pinta. Yo no sé nada; yo no quiero saber nada. ¿A mí qué me importa?

—Pero usted, Leonor...

Vaciló, cortó la frase; no porque la frase no saliera clara, rotunda; la cortó por miedo piadoso. Pero Leonor no era mujer para temer frases cuando venían punzadoras, pero derechas, nobles, y así, le dijo:

—Yo..., continúe, acabe usted, señora; fuera recelos. Aquí hablamos íntimamente. Verá usted, voy á ser sincera. Hoy no vine en busca de unos cuantos manjares que no he comido, que no he probado. No; vine en busca de esto, de intimidades, de comunicación noble, cordial, sencilla. ¡La necesito tanto!

La voz de la Urbina pareció velarse; sus ojos rebrillaron como cristales húmedos. Si aquello fué emoción, desvaneciése al instante; repúsose al punto. Ella misma comprendió con agilidad de pensamiento, propio de mujer adiestrada en el trato de gente, que su amiga hallábase ya pronta á desbordar una compasión inútil. Inútil, porque ella desdeñaba, más por firme propósito de no mendigar piedades que por soberbia altanería, el enfermizo sentimiento de la compasión amistosa. Harto sabía, y dolorosas experiencias se lo demostraron, que la compasión no es fuerza de mucho valor en el mundo y que la humanidad sólo á empujones y perezosamente se mueve á impulsos de ella. Nada de compasión; justicia en los sentimientos como en los actos; el dolor es ley humana, y ante ella, respeto siempre, lástima nunca.

—Pues bien—dijo la del Sagrario;—hábleme así; usted no duda cómo la oigo. Si no la oyera por usted misma, la oiría por un recuerdo: el de la madre de esas tres criaturas. Sabe que toda mi vida ya no es más que eso: un pasado, un recuerdo. Usted y ella fueron amigas; después la desgracia las hizo pasar á ser como hermanas, hermanazgo de dolor, que es el que más une.

—Sí, señora; encadena más porque son más duros los eslabones. Los lazos que ata la felicidad son ligaduras blandas; antes ó después, se rompen siempre.

—Ella y usted casadas con diferencia de días.

—¡Diferencia que no hubo para nuestra desgracia!

—Sólo os diferenció la muerte.

—Que por esta vez fué justa; aunque sea duro, déjeme usted que lo diga. Yo además de la desgracia tuve la ruina; esas criaturas tenían en usted otra madre y yo hacía falta en el mundo, por mi hijo. No había de servirle para labrarle posiciones materiales; para la vida soy una mujer inútil; lo reconozco, del todo inútil, y aunque no lo fuera, yo nunca hubiera querido, ni por él, ni por nadie, servir para nada. ¡Qué quiere usted! Como se nace, se nace; en esto, como en tantas cosas, soy fatalista. Pero, ya que no para abrirle paso, allanarle los caminos, desbrozarle las sendas, yo hacía falta para formar su alma á semejanza de la mía... Sí; ya sé lo que va usted á decirme: fué desvarío, fué locura, equivocación inmensa. Mi ilusión, mi esperanza, una esperanza consoladora, una esperanza que me llenaba la vida era hacer de mi Esteban hechura mía... Dije ya que quería intimidad, sinceridad de confesión. Verá usted..., no me avergüenzo de decirselo porque tal vez lo sepa. En la formación del alma de mi hijo quise saciarme de venganza; en los primeros tiempos fué todo mi sentimiento la venganza de tantas infamias. ¿Me juzga usted como mala esposa y mala madre? Lo que fui como esposa, lo que sigo siendo, que él aún no ha muerto, sólo Dios lo sabe y, con que lo sepa Dios, me basta. Pero yo, se lo repito, quise sentir hartura de sabrosa venganza; su único cariño, el afecto de su vida era Esteban, era nuestro hijo. Para él todo; era todo; era su Dios. Si cuando le

cogía, cuando le besaba, casi parecía un hombre bueno; creo que presentía en él otro... Aliaga. ¿Comprende usted ahora mi venganza? Arrancar de mi hijo las raíces de los Aliagas arrancarle la semejanza del alma, ya que no podía ser la del rostro. Y si yo hubiera muerto, si un día hijo y padre se hubiesen encontrado en el mundo, que en vez del alma ruin de los Aliagas, hubiese hallado el alma noble de los Urbina. ¿No era esto justo, señora? ¿No era á la vez obra de bondad y obra de venganza? Pero yo, lo repito, no iba tras la bondad, iba tras lo otro.

—Y... tal vez esté usted arrepentida.

—De haberlo intentado. No valía la pena.

—¡Pero, Leonor! Es un hijo. ¿Cómo habla usted de esa manera?

—Para no mentir hablando de otra. Una madre debe mentir, si su hijo merece siquiera una mentira; que al fin y al cabo las mentiras de las madres son verdades del corazón. Pero es imposible que yo mienta de ese modo.

—Se juzga usted á sí misma despiadadamente. No, por Dios, Leonor; no es usted lo que se imagina. Estoy segura de ello. Tuvo usted siempre corazón muy noble.

—Única nobleza de que no ha podido despojarme el infortunio. Por eso quiero pagarle en buena moneda: con lealtades, sin ruines cobardías. Por eso vivo como vivo, si es que mi vida es vida. Aún tuve un momento... ¡Pensar que aún tuve un momento, hace dos ó tres años, en que esperé que mi hijo redimiría tanto horror, tanta ruindad, la infamia, la miseria! Pero no; le vi encanallarse día por día, hora por hora; toda mi labor de muchos años se me iba de entre las manos, se me derretía por momentos como un pedazo de hielo, sin dejarme nada, nada. ¿Hay mayor infortunio?

—¿Por qué no empujó usted á ese muchacho hacia su mundo? ¿Por qué vive recluso en vida solitaria? Por aquí no vino nunca. Esta casa para ustedes siempre estuvo abierta. Confiese que también en usted hay culpa; sí, mucha culpa. Es fácil confundir la dignidad con el orgullo.

—De mí, de mi soberbia no hablemos. ¿Qué importa? Y en cuanto á Esteban, no es orgullo verdadero lo que siente; por lo

menos no es el orgullo que empuja y estimula, que á fuerza de espolear ensalza y eleva. ¡Ah, no por cierto! Si es al contrario, un humilde, un resignado. Tendrá soberbia, pero es de esa soberbia mansa, inútil, completamente estéril en el mundo.

—¿Pero él pinta, trabaja? Pues aún es tiempo, aún puede llegar, ser vuestro apoyo.

—No, no es eso lo que yo pretendo. No quiero protección, ni de mi hijo. Al hablar de redimir infamias, hablaba por él, por él mismo, por su nombre, por su porvenir que pudo volver á ser grande, alto. Y ahora ¿sabe usted en qué piensa? ¿Toda la aspiración de su vida? Casarse con una profesora de piano, con una mujer trabajadora, sin duda para que le mantenga.

—¿Es posible, Leonor?

—Pregúnteselo usted á la profesora de sus nietas.

—¿Guillermina?

—Esa.

—¡Pobre criatura!

—¿De quién habla usted ahora? ¿A quién compadece? Supongo que... no será á mi Esteban.

—Acaso usted se equivoque; es decir, acaso sean puros sus móviles. ¿No pudo buscar más arriba? ¿Acaso un Aliaga, un Urbina hubiera sido un advenedizo cualquiera, un vulgar atrapador de dotes?

—Ahí duele; ahí salía á flor de piel su orgullo, no el fuerte, el que se abre paso arriba, el que vence, sino el otro, con el que es vencido. Una cosa es buscar posición y otra buscar acomodo.

En este momento por los abiertos balcones del palacio comenzó á caer sobre el jardín una melodía tocada al piano. Las dos señoras interrumpieron su diálogo y escucharon. Poco después Alma asomóse á un balcón llamando á mamá Dolores con su voz fresca, dulce, mimosa.

CAPÍTULO VI

Pocas tardes pasaron después de aquella tarde, cuando la marquesa del Sagrario le dijo á la profesora de sus nietas:

—Guillermina, ¿podría usted decir á ese muchacho pintor, vecino de ustedes, que yo deseo hablar con él; que tengo algunas cosas que encargarle? Podríamos entendernos, convenir en algo. Supongo que, como artista que comienza, admitirá encargos. Además, si, como usted dice, es pobre...

La de Torrecilla oyó con ojos muy abiertos las palabras de la noble dama; no parecía sino que sus palabras, en vez de penetrar por los oídos, se las sorbían aquellas miradas.

—Hoy mismo lo sabrá; sí, señora, es amigo nuestro. Precisamente hace cuatro ó cinco días fué por primera vez de visita á casa. Es digno de toda protección y es digno de toda lástima; dice mi padre que revela en todos los rasgos faciales ser hombre de voluntad extraordinaria y que hoy en el mundo lo que impera y triunfa no es la bondad, no es la inteligencia, es la firmeza del carácter. Yo creo que nuestro vecino es un carácter.

—Pues nada, nada, que venga por aquí; ya ardo yo en deseos de conocer ese carácter.

—Ya lo creo que vendrá; vendrá volando. Y estoy segura de que encuentra usted en él algo..., algo... No sé cómo decirlo: algo extraño, porte de señorío, aires de príncipe destronado. ¡Qué sé yo! El vendrá; usted ha de verle. Es un poquito orgulloso; eso sí; pero está muy bien educado.

—Dígale que aquí me halla á todas horas; ya sabe usted que yo no salgo jamás de casa.

—Así se lo diré.

Y después de esto Guillermina bajó á saltitos las escaleras, atravesó más de prisa que nunca el zaguán amplio; se olvidó de